

PERRA SIN ALMA

1. Cuando Cuqui no volvió

Felisa pronunciaba el nombre de Cuqui con la devoción de una oración capaz de torcer el rumbo de las cosas.

—¡Cuqui! ¡Cuquiii...!

La voz se le quebraba al final, no tanto por el frío como por el miedo. Caminaba lento, demasiado despacio para la urgencia que le quemaba el pecho, arrastrando los pies por las aceras medio destartadas de la urbanización. Las casas, desiguales todas entre ellas, parecían mirarla en silencio, indiferentes a su angustia. Ninguna devolvía a Cuqui.

Habían salido a dar el paseo de siempre, el corto, el de media tarde; cuando el frío del invierno todavía no es gélido y las piernas aún responden. Cuqui caminaba con ese trotecillo torpe de los perros mayores, feliz, oliéndolo todo como si cada arbusto fuera una novedad. Entonces, apareció el perro del vecino, el de la casa de la esquina, su amigo de toda la vida. Se saludaron como siempre, con movimientos lentos y colas perezosas. Felisa se detuvo a hablar un momento con la vecina, apenas dos frases sin importancia. Dos frases. Eso fue todo. Cuando volvió a mirar, Cuqui ya no estaba.

Al principio no se preocupó. «Ahora vuelve», pensó. Cuqui nunca se iba lejos. Pero pasaron los segundos, luego los minutos, y el silencio empezó a pesarle como una losa. La llamó una vez, tranquila; luego otra, más alta. Después, el pánico empezó a colarse en su voz.

—¡Cuqui, mi niña! ¡Ven aquí! — Nada.

El corazón le latía tan fuerte que le dolía. Pensó en las cataratas de Cuqui, en su oído ya gastado, en su manera de desorientarse cuando algo cambiaba. Pensó que quizá había seguido al otro perro y que, en algún cruce, se había quedado atrás sin saber cómo volver. Y entonces se le encendió el peor pensamiento, el que una intenta aplastar, pero vuelve como un martillazo: la carretera. Cuqui no oía bien; quizá no había escuchado un coche acercarse, quizá no había calculado la distancia con esa vista nublada. Felisa se la imaginó cruzando despacio, confiada, con el rabo moviéndose, y un golpe seco que dejaba el mundo en una quietud absoluta. Se le revolvió el estómago.

—No... no, por favor... —murmuró.

Apretó el paso dentro de lo que sus piernas le permitían, mirando cada entrada, cada esquina, cada tramo de asfalto como si fuera una amenaza. Empezó a recorrer las calles una por una. Subía una cuesta y la bajaba después con la respiración cada vez más corta. Se detenía en cada esquina, giraba sobre sí misma, la llamaba. Su voz ya no pedía, suplicaba.

—¡Cuqui, por favor...!

Algunos vecinos salían a las puertas alertados por el tono. Preguntaban, negaban con la cabeza, ofrecían ayuda. Felisa asentía sin escuchar del todo. Agradecía, pero seguía. No podía pararse. Si se detenía, el miedo ganaba terreno. El frío empezaba a colarse por sus piernas, pero no lo sentía. Solo percibía el hueco, el vacío que Cuqui había dejado en su vida incluso antes de desaparecer del todo. Porque Cuqui no era solo una perra. Era la razón para levantarse cada mañana, para calentar la sopa, aunque fuera poca, para encender la calefacción cinco minutos más de lo que se permitía. Era la excusa para seguir aquí.

Se asomó a un solar vacío, a un pequeño parque. Agachó la cabeza para mirar debajo de un coche. En cada sombra creyó ver su silueta, pequeña y desgarrada. En cada ruido, su respiración cansada. Pero no. El cansancio empezó a vencerla. Las piernas le temblaban y tuvo que apoyarse en una farola. Cerró los ojos un segundo, solo un segundo, y el miedo se transformó en algo peor, la certeza de una posibilidad. «¿Y si no la encuentro?». La pregunta se le clavó como una espina. Se vio volviendo sola a casa, abriendo la puerta sin oír el golpeteo alegre de las patas, dejando el cuenco intacto en el suelo. Se vio sentada en el sofá, mirando un espacio vacío que antes ocupaba un cuerpo caliente y fiel. Se vio a sí misma sin propósito. Abrió los ojos de golpe y volvió a llamarla.

—¡Cuqui! ¡Mi Cuqui!

La voz ya era apenas un hilo. Nadie respondió. La urbanización empezaba a oscurecer y las luces se encendían una a una, ajenas a su tragedia doméstica. Felisa siguió caminando, cada vez más despacio, con el pensamiento fijo en una sola cosa: si Cuqui no aparecía, no sabría qué hacer con todo el amor que le sobraba... ni con la vida que se le quedaría, de golpe, demasiado grande y demasiado vacía. Y mientras avanzaba, sola, con el nombre de su perrita deshaciéndose en el aire frío, Felisa no pudo evitar

preguntarse si aquella pérdida no sería en realidad el final de las dos.

2. Cariño

La casa estaba en silencio, un silencio cómodo, de esos que no molestan cuando se está acostumbrado a compartirlo todo. Marta estaba sentada en el sofá, con las piernas recogidas bajo una manta fina, el móvil apoyado en el pecho. Deslizaba el dedo por la pantalla sin demasiada atención, buscando algo que no terminaba de aparecer.

Kike entró desde la cocina con dos tazas de infusiones calientes y las dejó sobre la mesa.

—Gracias, cariño —dijo ella sin levantar la vista.

Kike sonrió, como siempre que oía ese «cariño» que lo colocaba, sin esfuerzo, en su sitio. Se sentó a su lado, apoyando los codos en las rodillas.

—He estado mirando ofertas —dijo—. Hay un par de trabajos de repartidor con bici eléctrica. No es lo ideal, pero...

Marta dejó el móvil sobre el sofá y giró la cabeza despacio hacia él. No parecía enfadada, más bien cansada.

—¿Otra vez eso? —respondió con suavidad—. Kike, ya hablamos de que eso no es una solución.

—Es algo —replicó él—. Mientras sale otra cosa mejor.

Ella suspiró y se incorporó un poco, acomodándose el pelo detrás de la oreja. Tenía ese gesto, aparentemente dulce, que siempre precedía a las frases importantes.

—Cariño, yo no digo que no trabajes —empezó—. Digo que tenemos que pensar a largo plazo. No podemos ir parcheando la vida.

Kike asintió despacio. La miraba con atención, como si cada palabra de Marta tuviera un peso que él debía aprender a cargar.

—Ya, pero ahora mismo... —intentó decir.

—Ahora mismo lo que necesitamos es estabilidad —lo interrumpió ella, sin alzar la voz—. Un trabajo que te permita ganar bien. De verdad. No estas cosas temporales que no llevan a nada.

Kike apretó las manos entrelazadas. Pensó en la tienda de bicicletas, en lo rápido que había cambiado todo, en lo fácil que había sido prescindir de él.

Pensó también en lo mucho que le gustaba salir a pedalear, en la sensación de libertad que le daba, y en lo poco que eso servía para pagar facturas.

—No es tan fácil —dijo al fin—. Lo sabes.

Marta inclinó la cabeza, como concediéndole ese punto.

—Claro que lo sé, cariño. Si no, no estaría así de nerviosa últimamente.

Lo dijo tocándose el pecho, como si la ansiedad viviera justo ahí. Kike se removió en el sofá.

—¿Otra vez te encuentras mal?

—Un poco —respondió ella—. He estado pensando en lo del próximo destino. Si me mandan otra vez lejos... no sé si podré con eso.

Kike la miró preocupado.

—Siempre sales adelante —dijo—. Eres muy fuerte.

Marta sonrió, agradecida, y apoyó la mano sobre la de él.

—Por eso mismo necesito que tú también lo seas —dijo—. Que ganes bien, que yo pueda estar tranquila, pensar en formar una familia sin estar contando céntimos.

Kike tragó saliva. Aquella frase volvía siempre, envuelta en cariño, pero era una presión constante, como una gota cayendo sobre la misma piedra.

—Lo intento —dijo quedo—. Te lo prometo.

—Ya lo sé —respondió Marta enseguida—. Si no, no estaría contigo.

Le dio un beso rápido en la mejilla, un gesto que cerraba la discusión sin cerrarla del todo. Kike se quedó mirando la infusión, intacta, mientras Marta volvía a coger el móvil.

Amor tenían, de sobra. Pero entre ellos, invisible y persistente, seguía creciendo esa preocupación económica que nunca terminaba de irse, por mucho cariño que se pusiera por delante.

3. Lo que Marta no dice

Marta pensaba mejor cuando estaba sola. Cuando la casa quedaba en silencio y Kike se iba a dar una vuelta con la bici, ella podía ordenar las cosas sin tener que suavizarlas, sin llamar a nadie «cariño».

No se consideraba mala persona. Nunca lo había sido. Solo estaba cansada.

Había estudiado una carrera. Cinco años. Prácticas, trabajos, noches sin dormir. Magisterio no era fácil, aunque muchos lo pensarán. Después, vinieron las oposiciones, una detrás de otra, siempre con la sensación de estar a punto, siempre quedándose fuera por décimas, por baremos que no entendía, por listas que parecían eternas. «Interina», esa palabra que al principio sonaba a oportunidad y que con los años se convirtió en una condena. Destinos lejos, autobuses tempranos y combinaciones imposibles; horas muertas en estaciones frías. Ella, que nunca había sabido conducir y que tampoco tenía intención de aprender, se veía arrastrando una vida que no sentía como suya. Llegaba a los colegios agotada incluso antes de empezar la jornada, con la cabeza llena y el cuerpo pidiendo sofá.

Entonces venía la ansiedad. O eso le decían los médicos. Y ella lo creía, porque el nudo en el pecho era real, el cansancio era real y las ganas de no levantarse, también.

Cogía la baja sin demasiados remordimientos. Al principio sí, luego menos. ¿Fraude? No lo veía así. «El sistema es injusto —pensaba—. Y, además, todo el mundo lo hace». Ella solo estaba sobreviviendo. Descansando y recuperándose. ¿Qué tenía de malo querer vivir tranquila?

Marta se veía a sí misma como una persona que merecía comodidad y siempre había sido así. Le gustaba que la cuidaran, que las cosas estuvieran hechas, que la vida no fuera una lucha constante. No entendía esa épica del sacrificio continuo. No quería llegar a casa rota, ni vivir contando monedas, ni pasar media vida en el transporte público.

Y entonces estaba Kike. Kike era bueno. Demasiado, a veces. Noble, constante, dispuesto. Ella lo quería de verdad, a su manera, pero lo quería. Por eso lo llamaba «cariño», porque lo era, porque con él se sentía a salvo, porque sabía que no le iba a fallar.

Lo que Marta no decía en voz alta era que tenía miedo. Miedo a acabar como su madre, agotada, siempre pendiente de todo el mundo menos de sí misma. Miedo a quedarse atrapada en un trabajo que odiaba. Miedo a haber estudiado para nada. Miedo a descubrir que el esfuerzo no garantizaba nada. Por eso empujaba a Kike. Por eso insistía con el dinero, con el futuro, con la idea de que algún día él ganaría lo suficiente. No era solo ambición, era una tabla de salvación. Si Kike prosperaba, ella podría parar, respirar y ser madre

sin angustia; vivir sin esa sensación constante de estar en el lugar equivocado.

Sabía manipular, sí. Lo sabía desde hacía tiempo. Sabía qué decir y cuándo decirlo. Sabía cuándo mostrarse frágil y cuándo firme. No lo hacía con maldad, se decía, sino con inteligencia. La vida no regalaba nada; había que saber moverse.

A veces, en el fondo de la noche, una duda le rozaba la conciencia: si estaba siendo injusta con Kike. Pero la apartaba rápido. Él la quería y ella lo quería. «Y el amor —pensaba—, también es encontrar la forma de no hundirse».

Marta cerró los ojos y se acomodó mejor en el sofá. Mañana volverían las palabras suaves, las promesas, los planes. Mañana volvería a llamar «cariño» a Kike con la naturalidad de siempre. Porque eso también era amor, se decía. O al menos, el único que ella sabía dar.

4. El chucho

Kike llegó a casa con las mejillas rojas por el frío y los botines manchados de barro. Aún no había entrado cuando alzó la voz desde la puerta, con ese tono suyo entre sorpresa y entusiasmo.

—¡Marta! ¡Mira lo que me he encontrado!

Ella se levantó del sofá con desgana y se asomó a la ventana. Al instante, el desagrado le tensó el rostro.

—Pero, ¿qué es eso? —dijo alarmada—. Kike, no. No quiero chuchos en casa. Suéltalo otra vez donde lo hayas encontrado.

Kike no respondió enseguida. Estaba agachado junto a la perrita, hablándole en voz baja como si se conocieran de siempre. Le pasó la mano por el lomo con cuidado, despacio, notando los huesos bajo el pelo ralo.

—Tranquila, pequeña... —murmuró—. Ya está, ya pasó.

La perra movió el rabo con una alegría cansada, como ante un regalo inesperado en cada caricia. Kike dejó la bici apoyada en la pared y buscó un cuenco.

—Tiene sed —dijo—. Pobrecita.

Le puso agua y la perra bebió con ansia, salpicando un poco el suelo. Kike sonrió.

—Pero qué perrita más simpática y más maja —añadió—. Me la he encontrado pidiendo ayuda a gritos. Se me ha puesto delante en el camino, sin miedo ninguno. Tiene collar, Marta, se ha debido perder. Y ha pasado frío, mírala cómo tiembla.

—Kike... —insistió ella desde la ventana—. Que asco, no lo toques. No sabes por dónde ha estado ni qué enfermedades puede tener.

—Es una perrita Marta, es hembra. Voy a meterla un momento para que coja calor —dijo él decidido—. Solo un rato.

—¡Nooo! —exclamó Marta—. Ni se te ocurra meterla en casa. Kike dudó un segundo, miró a la perra y luego hacia arriba, hacia la ventana.

—Entonces tráeme una mantita —pidió.

—¿Una mantita? —repitió ella escandalizada—. ¡Sí, hombre! Coge una chaqueta tuya o algo, pero de la casa no.

Kike suspiró, se quitó la chaqueta y se la puso a la perra por encima, envolviéndola como pudo. La perrita se quedó quieta, agradecida, apoyando el hocico en su rodilla. Marta seguía mirando, con los brazos cruzados. Y entonces algo le hizo clic.

—Espera... —dijo de pronto.

Entrecerró los ojos, observando mejor. La forma de las orejas, el tamaño, ese trote torpe que ya había visto antes.

—Creo que la conozco. —Kike levantó la cabeza.

—¿Cómo que la conoces?

—Sí... —respondió ella más despacio—. La he visto varias veces. Cuando vuelvo de la parada del bus, por la urbanización. Va con una mujer mayor, siempre despacio.

La perra levantó la cabeza al oír la voz de Marta y movió otra vez el rabo, como si confirmara la historia.

—Debe ser de por aquí —continuó Marta—. Y creo que sé más o menos dónde vive esa vecina.

Kike miró a la perra y luego a Marta, aliviado.

—Entonces vamos a devolverla —dijo—. Tiene que estar buscándola como loca.

Marta asintió, ya con el tono más práctico, más tranquilo.

—Sí. Pero no la metas en casa, ¿eh? Vamos y punto.

Kike sonrió levemente mientras volvía a acariciar a la perra.

—Tranquila —dijo, sin saber muy bien a cuál de las dos—. Ya está. Ya casi volvemos a casa.

La perrita, envuelta en una chaqueta que no era la suya, parecía entenderlo todo.

5. Quitársela de enmedio

Al final fue Marta sola. Kike, todavía con la ropa húmeda del sudor y el frío calándole en los huesos, aceptó la decisión casi sin discutir. Ella insistió en que se duchara, en que no fuera a ponerse enfermo ahora, justo ahora. Él dudó un momento mirando a la perrita, pero Marta ya tenía claro el plan.

—Voy yo, cariño —dijo—. Total, creo que sé dónde vive la dueña. Así te quitas el frío y yo me quito... esto.

Kike sacó la bici a la calle. Tenía una cesta detrás, de esas que usaba para ir a hacer la compra y no gastar coche ni gasolina. Marta miró la bici con desagrado.

—Yo no voy a ir en bici, Kike —sentenció.

Kike ató una cuerda al collar de la perrita, con cuidado, procurando no hacerle daño.

—Está cansada —dijo—. Ve despacio.

—Sí, sí —respondió Marta, impaciente—. No tardaré.

La perrita no entendía nada. Estaba agotada. Cada músculo de su cuerpo le dolía como si hubiera caminado durante días sin parar. Las patas le temblaban y el mundo le llegaba borroso, envuelto en sonidos lejanos. Cuando Marta empezó a caminar, Cuqui intentó seguirla, pero el cuerpo no le respondía como ella hubiese querido. La cuerda se tensó.

—Venga —dijo Marta tirando un poco—. Vamos.

Cuqui avanzó a trompicones, arrastrando las patas. A veces se detenía, confundida, buscando una referencia que no encontraba. Marta volvía a tirar; no con rabia, sino con ese desprecio frío que se reserva para lo que molesta.

—De verdad... —gruñó—. ¡Qué cruz! ¡Madre mía!

Pensaba en Kike y en que no podía permitir que se encariñara, en que los perros traían gastos, pelos, olores y obligaciones, en que bastante tenía ella

con lo suyo. Cuanto antes se la quitara de encima, mejor. Y si no encontraba a la dichosa vecina, siempre podía soltarla otra vez. Luego le diría a Kike que ya estaba entregada. Fin del asunto.

Caminaron así varias calles. Marta tirando sin mirar atrás. Cuqui obedeciendo como podía, con el cuerpo ya rendido. El collar le rozaba el cuello y la cuerda le marcaba el ritmo como una orden seca. Cada tirón era un castigo que no entendía, una corrección sin motivo. No protestó. Nunca lo hacía. Bajó la cabeza y siguió avanzando, con la resignación antigua de quien ha aprendido que, cuando duele, lo único posible es aguantar. Llegó a una casa baja, con una luz encendida en el porche aun siendo de día. Marta dudó un segundo y llamó. Abrió una mujer de mediana edad, con cara de preocupación.

—Perdone —dijo Marta—. ¿Esta perra es de por aquí? Creo que es de una señora mayor.

La mujer miró a Cuqui y abrió mucho los ojos.

—¡Ay, sí! —exclamó—. Es de Felisa. La lleva buscando un par de días. La pobre mujer está destrozada.

Cuqui levantó un poco la cabeza al oír el nombre, como si algo muy antiguo se hubiera encendido dentro.

—¿Sabe dónde vive? —preguntó Marta, ahora con prisas.

—Claro, dos calles más abajo, la casa amarilla de la esquina —respondió la mujer—. Corra, hija, vaya rápido. Va a hacer usted feliz a esa mujer. Felisa se muere de pena.

Marta asintió sin decir nada y retomó el camino, esta vez más deprisa. Tiró de la cuerda con urgencia. Cuqui apenas podía seguir, pero avanzó, empujada por la promesa invisible que latía en su pecho cansado y por esos olores que iba percibiendo cada vez más cercanos a su hogar, a su Felisa. Y mientras Marta caminaba con la idea fija de terminar cuanto antes, sin saberlo, llevaba al otro extremo de la cuerda no solo a una perrita perdida, sino a todo lo que aún mantenía en pie a una mujer que llevaba dos días llamando al vacío.

6. El hogar

Cuqui lo supo antes de llegar. En cuanto estuvo frente a la puerta, el cuerpo cansado le respondió de una forma distinta. Movi6 el rabo, apenas un gesto tembloroso con la poca energ3a que le quedaba, pero lleno de certeza. Aquella era su casa. Detr3s de esa puerta estaba Felisa. Su olor, su voz, sus manos. Su salvaci6n. Se qued6 quieta, queriendo presentarse entera y digna, a pesar del agotamiento. Alz6 el hocico y esper6.

Felisa abri6. El sonido de la cerradura fue suficiente para que se le escapara un gemido, un sollozo que llevaba d3as atrapado en el pecho. Cuando vio a Cuqui all3, de pie, viva, mir3ndola con esos ojos velados pero llenos de amor, el mundo se le vino encima.

—¡Ay, mi ni6a... mi ni6a...! —grit6, llev3ndose las manos a la boca.

No camin6, se dej6 caer de rodillas. Abraz6 a Cuqui con una desesperaci6n casi infantil, temiendo que al soltarla desapareciera otra vez. Lloraba a l3grima viva, con el cuerpo sacudido por los sollozos, bes3ndola una y otra vez en la cabeza, en el hocico, en las orejas.

—Perd6name... perd6name, por favor —repet3a—. Perd6name por dejarte sola, por perderte. No va a pasar nunca m3s, te lo juro, nunca m3s en la vida.

Cuqui apoy6 la cabeza en el pecho de Felisa y cerr6 los ojos. Ya no dol3a tanto. Ya no importaba el fr3o ni los tirones ni el cansancio. Estaba donde ten3a que estar. Cada beso era un ancla. Cada caricia, una promesa cumplida.

Felisa no ve3a nada m3s. El mundo se hab3a reducido a ese cuerpo peque6o y caliente entre sus brazos. Le hablaba como si el tiempo no hubiera pasado, como si siguiera siendo la cachorra que lleg6 el d3a que su marido muri6, convencida de que ambas se hab3an estado esperando toda la vida.

—Aqu3 est3s... aqu3 est3s... —susurraba—. Conmigo, mi vida...

Los minutos pasaron lentos, espesos. Para Felisa, no exist3an; para Marta, se hicieron eternos. Ella permanec3a de pie, a un lado, sin saber muy bien d6nde mirar. Sent3a una extra6eza inc6moda, casi f3sica. Una mezcla de sorpresa, de rechazo, de algo parecido al asco, y otra cosa m3s. Algo nuevo. Algo que no sab3a nombrar. Observaba aquel abrazo desbordado, aquella mujer mayor aferrada a un chucho convertido en la 3nica tabla en mitad del

naufragio, y algo la removía por dentro. No entendía esa intensidad. No sabía cómo encajarla. Pero tampoco podía apartar la mirada. Felisa, por fin, levantó la cabeza. Tenía la cara empapada en lágrimas, los ojos hinchados, la respiración entrecortada. Entonces vio a Marta. Se puso en pie con dificultad, sin soltar a Cuqui del todo, y dio un paso hacia ella. Sin decir nada, la abrazó. Un abrazo fuerte, apretado, silencioso. Tan intenso que Marta se quedó rígida, sin saber qué hacer con los brazos. Felisa la estrechó con tal fuerza que parecía querer fundirla en su propio cuerpo, como si aquel gesto pudiera contener todo el agradecimiento del mundo. El abrazo duró más de lo que Marta consideraba normal. Mucho más. Sintió el cuerpo de la mujer temblando todavía.

—Gracias... —pronunció apenas Felisa al fin con la voz rota.

Se separó despacio y, aún con las lágrimas resbalándole por las mejillas, hizo un gesto hacia el interior de la casa.

—Pasa... por favor. Entra.

Marta dudó. No quería. No había ido para eso. Pero algo, una inercia extraña, un automatismo que no supo frenar, la hizo asentir.

—Sí... —dijo, casi sin voz.

Entró.